

Apuntes de la Introducción de Julián Carrón
en los Ejercicios espirituales de la Fraternidad de San José por videoconexión
Viernes por la noche, 7 de agosto de 2020

A la entrada: *Franz Schubert, Trío para piano n. 2 op. 100 - Spirto gentil CD 14**

Comenzamos nuestro gesto pidiendo al Espíritu que abra de par en par toda nuestra humanidad, todo nuestro corazón, nuestra razón, nuestro afecto, para que podamos interceptar, con esta apertura, la modalidad con que Él se hace presente entre nosotros, en el fondo de nuestro ser, para que pueda arrancarnos verdaderamente de la nada que tantas veces penetra en nuestras vidas, hasta las entrañas.

Desciende, Santo Espíritu

- *Far finta di essere sani*
- *Luntane, cchiù luntane*

«¿De qué le servirá a un hombre ganar el mundo entero, si pierde su alma?»¹.

Resulta difícil encontrar una frase más sintética para expresar la mirada de Cristo al hombre, a la grandeza de nuestra humanidad. Esta pregunta es una invitación para darnos cuenta de que si ganamos el mundo entero pero perdemos nuestra alma no hemos hecho un buen negocio con nuestra vida.

Desde el principio, con esta frase Él pone en nuestras manos –habiéndonos hecho vibrar y haciéndonos vibrar aún hoy– el criterio de juicio con el que comparar cualquier cosa que entre en el horizonte de nuestra vida. De este modo, Jesús nos muestra cómo Dios nos lanza al ruedo de la realidad, en una comparación universal con todo, llevando dentro este detector, nuestra humanidad, que es tan grande que dan escalofríos solo de pensarlo. Uno podrá sentirse ajeno a esta pregunta de Jesús, pero –como canta Gaber– no puede evitar comparar constantemente lo que es, lo que es cada uno de nosotros, con todas las imágenes de cumplimiento, de respuesta, que nos hacemos. Un hombre puede comprarse una moto, «con la carrocería y el manillar cromados, con muchos pistones y los accesorios más extraños»; una mujer normal puede comprarse «collares y cremas de manos» y todos ellos «fingir que están sanos»; algunos pueden aplazar el fin de la vida distrayéndose con los «grupos de estudio, las masas, [...] los textos»² más variados, fingiendo estar sanos; pueden incluso programar viajes a lugares lejanos, pero no pueden evitar hacer esta comparación, que es inevitable. De hecho, como nos hace vibrar *Luntane, cchiù luntane*, no podemos fingir que en nosotros no se da esa grandeza de la que habla Jesús. Por eso nadie en la historia ha afirmado de manera más potente la humanidad que hay en cada uno de nosotros que Jesús.

¿Qué es el hombre? ¿Qué soy yo, que puedo ganar el mundo entero y perder mi alma? Para darse cuenta, cada uno puede hacer el listado de cosas con las que ha intentado ganarse a sí mismo –como el listado que hace Gaber–. Muchas veces vivimos de una imagen, sucumbimos a una imagen dictada por la mentalidad de todos, pero esa imagen no coincide con la realidad que somos. No lo

* «Escuchar este extraordinario *Trío* de Schubert me muestra una vez más que lo que hace posible el significado, el sentido de algo, es una mirada completa, que comprende en su totalidad el objeto que una persona tiene delante [...] expresa el deseo de ir hasta el fondo de las cosas y, al mismo tiempo, la conciencia de la pobreza de medios de que se dispone: de ahí su desgarradora tristeza» (L. Giussani, «La belleza que no se puede abandonar», en *Spirto gentil. Un invito all'ascolto della grande musica guidati da Luigi Giussani*, coordinado por S. Chierici y S. Giampaolo, Bur, Milán 2011, pp. 203-204).

¹ Mt 16,26.

² «Far finta di essere sani», letra y música de G. Gaber.

descubrimos cuando las cosas no van bien sino –como digo siempre– cuando las cosas van como queremos, cuando logramos realizar el viaje o los proyectos que tenemos en mente.

Hace poco, un amigo de Kazajistán contaba por videoconferencia a toda la comunidad que su proyecto se había realizado pero que había experimentado –para él era evidente– que algo no cuadraba. Y esto, igual que él, lo descubrimos cada uno de nosotros viviendo. No hace falta irse lejos, buscar lugares especiales. Es viviendo la vida cotidiana, es en acción donde sorprendemos hasta qué punto este nombre –Jesús– es capaz de cumplir nuestra humanidad. También lo veíamos recientemente, cuando nos vimos para el Retiro de Adviento³. Hemos sido desafiados a lo grande por una provocación sin precedentes como el coronavirus y el consiguiente confinamiento, con todas las consecuencias que seguimos viendo porque, como sabemos, aún no ha acabado. Es una circunstancia que no hemos elegido y que todos compartimos, porque nadie ha podido huir de esta circunstancia. Desde el principio hemos afrontado este imprevisto identificándonos con la mirada de Giussani. Lo real aparece ante nuestros ojos. Si observamos “la estructura de la reacción” de cada uno de nosotros ante la realidad, nos damos cuenta de los factores que nos constituyen. Por eso, lo primero a lo que estamos invitados es a observarnos en acción. Si tomamos en consideración la dinámica humana que cada uno de nosotros, en el impacto con la realidad, ha vivido y vive, notamos que este impacto es lo que pone en marcha el mecanismo que desvela los factores que nos constituyen. Pero muchas veces no seguimos a Giussani, porque nos parece que ya lo sabemos o porque no percibimos todo el alcance que tiene, y así perdemos una gran ocasión para ver emerger en la vida cotidiana, ante nuestros ojos, qué es lo que somos, cuáles son los factores de nuestro vivir, de nuestro ser, qué es este hombre que somos y que puede ganar el mundo entero y perder su alma.

Por ello, al menos estos días, dejémonos llevar de la mano por Giussani para observar lo que sucede en nosotros y lo que ha sucedido en este tiempo, prestando atención al impacto que ha tenido en nosotros esta realidad que ha irrumpido tan potentemente en nuestra vida. ¿Qué hemos descubierto? Es decisivo porque, como dice don Giussani, «un individuo que haya tenido en su vida un impacto débil con la realidad, porque, por ejemplo, haya tenido que esforzarse muy poco, tendrá un sentido escaso de su propia conciencia, percibirá menos la energía y la vibración de su razón»⁴. Es decir, no podrá ver vibrar los factores que le constituyen.

Lo primero que hay que notar es que la realidad nos provoca de una manera irreductible a nuestros pensamientos. Es testaruda, es un dato que no podemos eliminar, que no podemos domesticar, que no podemos reducir a nuestra medida. Basta pensar cómo, durante todos estos meses, cada uno ha tenido mil pensamientos sobre este virus y todas sus consecuencias, y sobre el modo de afrontar la situación. La realidad se ha mostrado testaruda y nos ha obligado a cada uno de nosotros a medir nuestros pensamientos con ella, con una realidad que no dejaba de sorprendernos por su irreductibilidad.

Hemos visto que la sugerencia de Giussani no hace más que describir cómo un observador verdaderamente atento a lo que sucede se ve provocado a reconocer la potencia educativa de la realidad. Si uno está dispuesto a secundarla, es decir, a no hacer como si nada, a dejarse sorprender, desplazar y corregir, hasta el punto de –como decía siempre Giussani citando a Jean Guitton– «someter la razón a la experiencia»⁵, nuestros pensamientos a nuestra experiencia. Cuántas veces hemos advertido en estos meses la verdad de esta frase de Shakespeare que solemos repetir: «Hay más cosas en el cielo y en la tierra, Horacio, que las soñadas en tu filosofía»⁶.

Paradójicamente, esto ha sacado a la luz de nuestra conciencia nuestra humanidad, nuestra vulnerabilidad, nuestro límite y al mismo tiempo nuestra inquietud y nuestras preguntas. Hemos

³ Cfr. Apuntes de la Introducción y de la homilía de Julián Carrón en el retiro de Adviento de la Fraternidad de San José (Pacengo–VR, 29 de noviembre de 2019), 05/12/2019, clonline.org

⁴ L. Giussani, *El sentido religioso*, Encuentro, Madrid 2008, p. 145.

⁵ Cfr. J. Guitton, *Nuevo arte de pensar*, Encuentro, Madrid 2000, p. 85.

⁶ W. Shakespeare *Hamlet*, acto I, escena V.

percibido toda la vibración de nuestra razón, que no se contenta con una explicación cualquiera e indaga y sigue indagando hasta que encuentra una respuesta adecuada. Cuanto más se deja uno tocar, más aparece ante nuestros ojos, hasta dejarnos sin palabras, el «Misterio eterno / de nuestro ser», del que Leopardi tenía una conciencia aguda y profunda. Cuanto más experimentamos el impacto con la realidad, más emerge nuestra verdadera naturaleza, con su fragilidad y al mismo tiempo con toda su grandeza. «Naturaleza humana, / si eres en cada cosa tan vil y frágil, / si polvo y sombra eres, ¿cómo tienes tan altos sentimientos?»⁷.

Pregunto: ¿qué conciencia hemos ganado? Esta conciencia era tan familiar para Giussani que repetía constantemente que no había encontrado un compañero en el que viera vibrar esta humanidad suya más que en Leopardi.

Lo repito: ¿qué hemos aprendido de la realidad? ¿Qué hemos aprendido de nuestra humanidad? ¿Por qué no vivimos esta relación dramática con la realidad? No existe experiencia humana fuera de este toparse con las circunstancias que nos provocan, nos despiertan, nos desafían. La vida nunca es estática. Muchas veces queremos escapar pero no podemos evitar estar siempre en el escenario del mundo, de la realidad. ¡Nunca fuera de ese escenario, siempre en escena! Como decía, el hombre se da cuenta de los factores que lo constituyen observándose a sí mismo en acción, en la dinámica de su humanidad, en su relación con la realidad. La realidad, cualquier realidad, independientemente de cómo se nos aparezca, de la cara que adopte, de la impresión que nos provoque, siempre es un bien porque hace emerger los factores constitutivos del yo, pero solo si estamos mínimamente dispuestos a secundar el contragolpe que provoca en nosotros.

¡Cuántas veces he visto en mi propia piel que la realidad era un bien! No porque lo soñara una noche. Independientemente de la cara con que se me presentara, siempre estaba delante de mí, me provocaba y me obligaba a afrontarla. Así ha sido mi vida, como para cada uno, una aventura cada vez más fascinante porque todo me hacía compañía. La realidad era amiga, cualquier realidad era amiga. Todos aquellos que intervenían en el escenario de la realidad eran amigos porque, más allá del hecho de que tuvieran razón o estuvieran equivocados, del rostro hermoso o feo que tuvieran, hacían emerger constantemente mi yo, los factores constitutivos de mi yo. Por eso, un desafío como el que hemos vivido y estamos viviendo nos ha despertado –paradójicamente– del torpor en que tantas veces vivimos.

Como decía una periodista, hemos vivido demasiado tiempo anestesiados, formando parte de un sistema demasiado equivocado en sus fundamentos. Pero hay momentos en que la realidad nos golpea tan potentemente que es muy difícil mitigar su impacto, eludir o ignorar su provocación. Lo que ha pasado ha despertado nuestra atención, con el concurso de nuestra libertad, poniendo en marcha toda nuestra razón, haciendo vibrar las preguntas por el sentido, que expresan la naturaleza y la urgencia de significado que nos constituye; una urgencia que el impacto con la realidad cruda y dura ha sacado a la luz de manera imponente. Por eso estos días es crucial observarse, cada uno de nosotros, para ver cuál ha sido la estructura de nuestra reacción ante las circunstancias dadas. A menudo intentamos huir, escapar de la realidad mediante la distracción, el sueño, las imágenes que nos construimos. O nos defendemos de ella y acabamos en una burbuja porque nos parece que así estamos más a salvo de los contragolpes, o bien no secundamos la provocación, no dejamos que la razón emerja con toda la urgencia de significado que la constituye. Entonces –dice Giussani en una frase con muchísima fuerza– es como si fuera «un asesinato de lo humano»⁸. Lo que sucede requiere una explicación exhaustiva, pero nosotros preferimos quedarnos en el contragolpe sentimental diciendo: «Es bonita, fea, agradable, desagradable», en vez de aceptar la provocación de lo real. Y así vemos vencer cada vez más al nihilismo, que nos hace considerar la realidad como si fuera nada. Sin aceptar la provocación de la realidad, nos volvemos cada vez más frágiles, más

⁷ G. Leopardi, «Sobre el retrato de una bella mujer esculpido en el monumento sepulcral de la misma», vv. 22-23, 49-51, en *Poesía y prosa*, Alfaguara, Madrid 1990, pp. 227-228.

⁸ L. Giussani, *El sentido religioso*, op. cit., p. 166.

débiles, menos conscientes de todos los factores que nos constituyen. Es como si todo contribuyera a aplanarnos, en vez de exaltarnos.

Me decía una persona que le repetía a un enfermo la frase que hemos citado: «Pararse y pensar». Y que el enfermo, en su lecho, corrigió la frase completándola: «¡Pararse, pensar y mirar!». Y añadía: «Cuanto más me paro a pensar, cuanto más se realiza este dinamismo, más lo miro todo de manera distinta, me sorprende hasta de mí mismo, de la realidad, de mis nietos, de mis hijos». ¡Qué impresión cuando secundamos la modalidad con la que el Misterio lo ha hecho todo, y lo sigue haciendo, nos llama!

A veces pasa lo que dice Chesterton: «Solo cuando habéis naufragado en serio, encontráis en serio lo que necesitáis»⁹. Porque estamos tan metidos en la burbuja que no nos damos cuenta realmente de las cosas.

Cuanto más emerge toda nuestra sed de significado, toda nuestra urgencia de respuesta, mejor podemos entender realmente lo que leemos en la liturgia. En este sentido, recientemente me ha llamado la atención un texto del profeta Isaías: «Oíd, sedientos todos, acudid por agua; venid, también los que no tenéis dinero: comprad [...] y comed [...] vino y leche»¹⁰. Esta es la sed que nos constituye. Cuando vivimos, el impacto con la realidad nos empuja desde dentro de nosotros mismos, con toda su potencia, a buscar esa respuesta que pueda saciar de verdad. No es cuestión de dinero, se trata sencillamente de secundar esa sed que llevamos dentro, porque esta sed –la Escritura nos lo dice de muchas maneras pero siempre con una insistencia existencial muy potente– es el criterio de juicio para reconocer qué sacia de verdad. Entonces el profeta nos desafía: vosotros que tenéis esta sed, ¿por qué gastáis dinero en algo que no es pan, vuestra ganancia en algo que no sacia? ¿De qué le sirve al hombre ganar el mundo entero si pierde su alma? ¿Por qué gastamos el dinero, la vida, lo que hemos ganado, en algo que no sacia? Porque esto es lo que quiere decir el profeta Isaías: tenemos dentro de nosotros el criterio de juicio para reconocer lo que sacia esta hambre y esta sed que tanto nos constituyen. No estamos privados de esta capacidad, nunca lo estamos. Lo queramos o no, siempre nos vemos movidos a reconocer lo que nos sacia. Como decía Lewis, «lo que más me gusta de la experiencia es que es algo honrado». No se puede hacer trampas. «Puedes dar unas cuantas vueltas erróneas, pero mantén los ojos abiertos y no llegarás demasiado lejos sin que aparezcan las señales de peligro». Vosotros mismos podéis comprobar si vais por la dirección adecuada o si os habéis equivocado de camino. «Puedes haberte engañado a ti mismo, pero la experiencia no te intenta engañar». Y termina con esta frase preciosa, que anima a seguir buscando: «El universo rodea a la verdad por dondequiera que tú la busques»¹¹.

¿Cuál es el criterio? Nuestra humanidad –como decíamos en el retiro de Adviento–. Esta no es solo algo que nos hace penar, un peso que debemos soportar a pesar de los pesares, una vorágine imposible de colmar que obstaculiza nuestra relación con la realidad. Al contrario, nuestra humanidad es el criterio que nos permite interesarnos por todos, ver cómo vibra todo, como le pasaba a este enfermo que se daba cuenta aún más de lo que significaban su mujer o sus hijos.

Siempre me ha exaltado el hecho de sorprender dentro de mí esta capacidad para vibrar, para juzgar. Muchas veces repito que lo que me ha salvado la vida ha sido una lealtad con mi humanidad que vibraba, con la que no he tenido que llegar a ningún compromiso, pero que quería secundar, reconocerla en cualquier situación en que me encontrara. Así he descubierto que ese conjunto de exigencias y evidencias que había en mí era el criterio para juzgar todo lo que sucedía. Exalta hasta el punto de que, como dice Dostoievski, «podemos equivocarnos con las ideas, pero no es posible equivocarse con el corazón o perder la propia conciencia por error»¹².

¿Por qué esto es tan decisivo? ¿Por qué la circunstancia que hemos atravesado ha sido tan decisiva? Porque ha despertado todo nuestro yo. Porque solo si nuestro yo es despertado, sacado de la

⁹ G.K. Chesterton, *Le avventure di un uomo vivo*, Mondadori, Milán 1981, p. 62; la traducción es nuestra.

¹⁰ Is 55,1.

¹¹ C.S. Lewis, *Cautivado por la alegría*, Encuentro, Madrid 2016, p. 159.

¹² F. Dostoevskij, *Lettere sulla creatività*, Feltrinelli, Milán 1991, p. 55; la traducción es nuestra.

confusión en que tantas veces vivimos, del nihilismo que nos invade, podremos interceptar la verdad. Muchas veces, nuestra confusión no depende del hecho de que la verdad no esté delante de nosotros; el motivo es que no tenemos la capacidad de interceptarlo y reconocerlo, sumidos en tal torpor que es como si la verdad no nos dijera nada. En cambio, cuando uno tiene esta humanidad totalmente despierta, todo lo maltrecha que queráis pero totalmente despierta, puede interceptar realmente al Señor que se presenta en lo real y responde. Continúa el profeta Isaías: «Escuchadme atentos y comeréis bien, saborearéis platos sustanciosos. Inclínad vuestro oído, venid a mí, escuchadme y viviréis»¹³.

Dios se presenta en la historia como una Presencia que tiene la única tarea de responder a esta sed, a esta urgencia que lo real despierta constantemente en nosotros.

¿Pero dónde está este Dios? ¿Dónde lo podemos interceptar?

Podemos interceptarlo en un testigo, en alguien en quien lo vemos suceder.

Continúa el profeta Isaías: «Sellaré con vosotros una alianza perpetua [¿pero dónde?, ¿cómo podemos reconocerla?, ¿a través de qué?], las misericordias firmes hechas a David. Lo hice mi testigo para los pueblos, guía y soberano de naciones».

Podemos verlo en la pertenencia a un pueblo en el que hay testigos como David. Podemos reconocer que el Señor ha sellado esta alianza no porque nos dé un discurso sino porque lo veo suceder en alguien que suscita una atracción y hace brotar en mí todo mi deseo de secundarlo. Es tan evidente que lo reconocerán personas que tú ni conocías. Con su presencia atraerá a gente que no conocía pero que interceptará lo que porta. Prosigue el profeta Isaías: «Tú llamarás a un pueblo desconocido». Lo llamarás con tu vida, con tu presencia, con tu manera de pertenecer. Tú llamarás a gente que no conocías, personas atentas a percibir una presencia en la que pueden interceptar una esperanza para su vida. «Tú llamarás a un pueblo desconocido, un pueblo que no te conocía correrá hacia ti; porque el Señor tu Dios, el Santo de Israel te glorifica».

Cuanto más ve uno ante sus ojos al Señor deseoso de responder a la sed de su corazón, más anima a que lo busquen. «Buscad al Señor», dice el profeta, «mientras se deja encontrar, invocadlo mientras está cerca».

Pero para buscarlo hay que secundar esta exigencia que tantas veces va en contra de la mentalidad común. De hecho, muchos prefieren quedarse aplanados porque parece irreal que haya alguien que se interese por nosotros, alguien capaz de responder a nuestra sed. Por eso hay que cambiar la manera de pensar. «Que se convierta al Señor, y él tendrá piedad, a nuestro Dios, que es rico en perdón. Porque mis planes no son vuestros planes, vuestros caminos no son mis caminos. Oráculo del Señor».

El Misterio nos desafía según una modalidad que nos perturba. Por eso su designio nos parece tan distante, tan alejado de nuestra forma de pensar que no logramos creernos sus reclamos, pues pensamos que nosotros somos más realistas que Dios. Decimos: «¡No somos tan ingenuos como para creer una promesa tan exorbitante!». Preferimos seguir por nuestros caminos, pues los Suyos los percibimos alejados de los nuestros, de hecho es así. «Cuanto dista el cielo de la tierra, así distan mis caminos de los vuestros, y mis planes de vuestros planes».

¡Qué lealtad hace falta para fiarse de la promesa! Solo quien tiene esta audacia podrá ver cumplida esa promesa, podrá ver realizarse esa promesa. «Saldréis con alegría, os llevarán seguros; montes y colinas romperán a cantar ante vosotros, aplaudirán los árboles del campo. En vez de espinos, crecerá el ciprés; en vez de ortigas, el arrayán». En este cambio, en este florecer de la vida, se manifestará la verdad de Dios. «Serán el renombre del Señor y monumento perpetuo imperecedero»¹⁴.

El Señor nos invita a no ser ingenuos e irracionales a la hora de seguirlo. Quien acepta seguirlo podrá comprobar el cumplimiento de la promesa. En vez de espinas crecerán cipreses, en vez de ortigas crecerán arrayanes. La vida florecerá. Quien lo sigue y lo secunda se sorprende de su propio

¹³ Is 55,2-3.

¹⁴ Is 55,3-13.

florecimiento y así el Señor revela Su verdad. Su gloria coincide con el resplandor de Su verdad y es signo de Su victoria. La gloria del Señor es un signo eterno que no será destruido. Por eso, quien lo ha conocido no puede –como dice el salmo– no tener los ojos abiertos, a la espera, con tal certeza que antes o después responderá: «Los ojos de todos te están aguardando, tú les das la comida a su tiempo», según un designio que no es el nuestro. «Abres la mano y sacias de favores a todo viviente. [...] [porque] cerca está el Señor de los que lo invocan, de los que lo invocan sinceramente»¹⁵.

¿Por qué es tan decisivo el encuentro con una realidad que despierta toda nuestra exigencia para reconocer e interceptar al Señor y su promesa? Porque –como decía don Giussani– «en el clima moderno, nosotros los cristianos nos hemos separado no de las fórmulas cristianas directamente, no de los ritos cristianos directamente, no directamente de los Diez Mandamientos. Nos hemos separado del fundamento humano [...]. Tenemos una fe que ya no es religiosidad [...], [una fe que no responde a las urgencias del vivir y por tanto no es consciente], una fe que ya no tiene inteligencia de sí misma»¹⁶. Porque «no hay nada más absurdo que la respuesta a una pregunta que no se ha planteado»¹⁷. Esto tiene una consecuencia crucial para la fe actual. El motivo por el que la gente ya no cree o cree sin creer, como vemos tantas veces, reduciendo el creer a una participación formal o ritual en los gestos, o a un moralismo, es porque no vive su propia humanidad. Por eso, la provocación que hemos vivido estos meses de pandemia resulta tan decisiva para nuestra fe. No es que el Misterio no pueda usar todo lo que sucede precisamente para la tarea más decisiva, que es hacernos entender qué puede responder a todas nuestras exigencias. El motivo por el que la gente no cree, o cree sin creer, es porque no está comprometida con su propia humanidad, con su propia sensibilidad, con su propia conciencia y por tanto con su propia humanidad, como si el electroencefalograma fuera plano, como si el yo se encontrara sumido en el torpor más total. Entonces la fe se convierte en algo sin incidencia en la vida. Por eso don Giussani nos invita, nos ha invitado durante todo este tiempo a «vivir intensamente lo real»¹⁸, indicando así la fórmula de la verdadera religiosidad. Vivir intensamente lo real quiere decir dejar vibrar toda la potencia de la propia humanidad, de la propia razón y la urgencia de significado. Si no tenemos esta ternura por nosotros mismos, por nuestra humanidad, si falta en nosotros lo humano, acabaremos en el nihilismo. Esta falta de lo humano será el signo más evidente de que la nada prevalece en nosotros. Incluso podemos seguir realizando formalmente gestos religiosos, pero la nada prevalecerá.

¿Qué nos salva?

La conciencia de nuestra humanidad nos hace reconocer lo que nos salva. Nos permite interceptar el alcance de la fe, la conveniencia humana de la fe, la pertinencia de la fe, de la propuesta cristiana, con las exigencias del vivir; y por tanto impide identificar el cristianismo con una de sus conocidas reducciones: moralismo, discurso o ritualismo. Ninguna reducción es capaz de conquistar lo más íntimo de mí mismo. Y si no conquista lo más íntimo de nosotros mismos, nos quedaremos en la nada, con todas nuestras prácticas formales y nuestros ritos. El yo es tan irreducible que solo cuando se sorprende vibrando por una correspondencia con algo que encuentra, solo entonces se da cuenta de que ha interceptado lo que de verdad sirve para vivir. Entonces comprende que «si tú no estás, yo no soy», como decía una canción de Guccini, y que si tú no estás, me «quedo solo con mis pensamientos»¹⁹.

¿Pero a quién puedo decirle: «Si tú no estás, yo no soy, soy menos cuando no estás, caigo víctima de mi torpor, de mis pensamientos, del vaivén del mundo, si no estás»?

¹⁵ Sal 145,15-16.18.

¹⁶ L. Giussani, *La coscienza religiosa nell'uomo moderno*, 21 de noviembre de 1985, en *Quaderni* del Centro Cultural "Jacques Maritain" – Chieti, enero 1986, p. 15.

¹⁷ R. Niebuhr, *Il destino e la storia*, edición de E. Buzzi, Bur, Milán 1999, p. 66.

¹⁸ L. Giussani, *El sentido religioso*, op. cit., p. 156.

¹⁹ «Vorrei», letra y música de F. Guccini.

Pensemos en la experiencia que habrá tenido Jacopone da Todi para exclamar: «Cristo me atrae por entero, ¡tal es su hermosura!»²⁰. Porque sin lo humano en toda su amplitud, inevitablemente reducimos a Cristo. Si falta lo humano, nos conformamos con algo que decimos nosotros, aunque usemos la palabra «Cristo». Muchos hablan de Cristo, ¿pero cuántos conocéis que necesiten realmente a Cristo para vivir? Cristo puede convertirse en una palabra vacía y el cristianismo reducido así puede resultar algo repugnante. Todo lo que nos ha pasado y nos pasa es para que podamos ver vibrar dentro de nosotros toda nuestra humanidad, que solo puede interceptar verdaderamente Aquel que «me atrae por entero, tal es su hermosura».

Que estos días sean la ocasión de dejarnos atraer por Aquel que se pone ante nosotros para sacarnos de la nada y hacernos experimentar Su verdad, Su gloria, el esplendor de la verdad. ¿Cómo? Haciendo emerger toda nuestra humanidad, despertando todo nuestro yo. Si no se da este contragolpe, sin esta confirmación, quiere decir que no es de Cristo de lo que estamos hablando, porque cuando Cristo entró en la historia los que se encontraban con él no podían dejar de decir: «Nunca hemos visto una cosa igual»²¹.

Por ello, pidamos estar disponibles para dejarnos tocar por su Presencia. Lo pedimos en el silencio que intentaremos respetar, cada uno donde esté, apoyándonos mutuamente en el testimonio de gente que lo busca, como nos decía el profeta Isaías: «Buscad al Señor, mientras se deja encontrar, invocadlo mientras está cerca»²².

²⁰ Jacopone da Todi, «Lauda XC», en *Le Laude*, Libreria Editrice Fiorentina, Florencia 1989, p. 313.

²¹ Mc 2,12.

²² Is 55,6.

Apuntes de la Asamblea con Julián Carrón
en los Ejercicios espirituales de la Fraternidad de San José por videoconexión
Sábado por la mañana, 8 de agosto de 2020

A la entrada: *Johannes Brahms, Sinfonía n. 4 en mi menor - Spirto Gentil CD 19 **

- *Al mattino*
- *Barco negro*
- *Marta, Marta*

Michele Berchi. Habíamos previsto que esta asamblea fuera en conexión directa con todo el mundo excepto América Latina porque allí es de noche, pero parece que América Latina ya está despierta, así que estamos todos conectados.

Hola, soy de la Fraternidad de San José desde hace casi un año. Durante una conversación, Michele se despidió diciéndome: «Circunstancias, circunstancias, circunstancias». Enseguida me vi frente al hecho de que mi relación con Cristo a través de la San José se jugaba en las circunstancias. Al mismo tiempo me ha llamado la atención que tú dijeras que las circunstancias son vocación y tu insistencia en vivir intensamente lo real. Ahora mi principal circunstancia es la depresión que sufro desde hace años. El que sufre de depresión no es que sea arrastrado por la nada, es que vive totalmente inmerso en ella. Me doy cuenta cuando oigo a mis colegas hablar activamente del trabajo o escucho al sacerdote con el que vivo organizando gestos para el movimiento y yo, con treinta años de encuentro a las espaldas, me pregunto: «¿Pero vale la pena?». Además, la circunstancia de la depresión supone literalmente un impedimento. A veces no voy a trabajar o a misa porque me encuentro fatal, o no hago silencio porque estoy muy mal. Ahora, puesto que los médicos me han dicho que no me puedo curar, es en la circunstancia de la depresión donde se juega mi felicidad. Quería preguntarte cómo puedo vivir esta circunstancia a la altura de mi deseo. Gracias.

Julián Carrón. ¿Hay alguna posibilidad, amigo, o no hay nada que hacer? No se va a trabajar, no se va a misa, no se hace silencio. Punto. Cerrado. ¿Qué puedo decirte?

Ofrezco o me enfado.

Carrón. La cuestión no es tu ofrecimiento sino si existe alguna posibilidad, pues de lo contrario no sirve ni ofrecer. ¿Entonces? Si vas al fondo de todo, pero de todo, todo, ¿qué es lo que ves? ¿Se ha cerrado toda posibilidad? ¿Se ha acabado todo? Preguntárselo es vivir intensamente lo real, en vez de depender de nuestros altibajos. Por tanto, si vamos al fondo, ¿qué queda?

Queda Su iniciativa.

Carrón. ¿Y cuál es Su primera iniciativa? Hagamos juntos el trabajo para darnos cuenta de las cosas. ¿Cuál es Su primera iniciativa contigo?

Pues la ternura de la que has hablado últimamente.

Carrón. ¿Y cuál es Su primera ternura?

Haberme hecho entender que tengo que curarme, por ejemplo.

Carrón. Hay algo antes. Para hacerte desear curarte, ¿qué hace falta antes? ¿Cuál es la primera ternura que el Misterio tiene contigo, dentro de la depresión, no al margen de tu depresión sino mientras estás inmerso en ella?

* «Este Algo fuera de nosotros (que es la primera evidencia para los ojos del niño que se abren, y de su corazón que se abre de par en par a la vida) tiene una característica fascinante, persuasiva, irresistible: algo fuera de uno mismo que corresponde con el propio yo. [...] Esta sinfonía es como el impulso de la razón que tiende hacia la realidad, que se abre admirada de par en par a la totalidad del mundo en toda la riqueza de sus detalles orgánicos» (L. Giussani, «Un abrazo cósmico», en *Spirto gentil...*, op. cit., p. 265).

Me hace notar el estridor de mi condición, pero al mismo tiempo me ayuda a aceptarla como...

Carrón. ¿Solo eso?

Me permite aceptarla como la condición por la que quiere que pase.

Carrón. Antes aún, ¿qué te está diciendo el Misterio antes de cualquier otra cosa?

Sin duda me está diciendo que quiere una relación personal conmigo.

Carrón. ¿Y cómo te lo dice? ¿Cómo? ¿Mediante algo que te inventas tú?

No, lo hace a través de las circunstancias.

Carrón. ¿Y cuál es la primera circunstancia?

La primera circunstancia es mi pregunta.

Carrón. ¿Entonces? La primera circunstancia es la pregunta. Pero si vas hasta el fondo, ¿quién hace la pregunta?

No me la doy yo. En eso estoy de acuerdo con todos los que lo han dicho.

Carrón. ¡La pregunta la haces tú, tú! Entonces tú existes. Y si existes, ¿cuál es el primer gesto de ternura del Misterio contigo?

Una compañía.

Carrón. ¿Qué compañía? No repitáis frases hechas porque no os servirán de nada. ¿Qué compañía?

Si no hubiera tenido esta compañía en mi dolor, no sé cómo habría acabado. Sinceramente, no sé decir otra cosa.

Carrón. ¿En qué se ve que esta compañía no te está tomando el pelo? Hay muchas formas de compañía que no sirven para nada.

Esta compañía me permite entender que mi condición no me define.

Carrón. ¿Y cómo te lo dice? Lo único que me has dicho es que tu estado te define.

Cuando era empleado medioambiental, por ejemplo, me levantaba a las cuatro de la mañana y un día a la semana siempre acababa de trabajar encontrándome fatal; le decía a Michele que ese día no podía ir a misa ni rezar las Horas.

Carrón. ¿Quién te manda ir a misa? ¿Por qué necesitas ir a misa? No podemos realizar gestos que no tienen nada que ver, pero nada de nada, con la depresión ni con todo lo que nos pasa. Os lo decía ayer. No es que nos hayamos separado de las fórmulas cristianas, de los ritos cristianos –nos lo decía Giussani–. Nos hemos separado de nuestra humanidad, por eso no sabemos para qué sirve nuestra humanidad, para qué sirve la depresión, para qué sirve todo lo que hacemos, y al final estamos a merced de la nada. Por eso, insisto, ¿cuál es el primer gesto de ternura que el Misterio tiene contigo? Es una conciencia en la que te debería introducir esta compañía, si es una compañía auténtica, si no te toma el pelo.

Me ayuda a estar ante esta circunstancia a la altura de mi deseo.

Carrón. Es decir, te hace darte cuenta de que el primer gesto de ternura que el Misterio tiene contigo es que te hace. Te hace. «Con amor eterno te amé, tuve piedad de tu nada».²³ Cuanto más inmerso estás en la depresión, más se te facilita –paradójicamente– reconocer que hay mucho más que el hecho de que el médico te diga que no te puedes curar. No lo arreglaremos tratando de poner las cosas en orden, porque no se pueden ordenar. Es como si el Misterio te hubiera llevado al borde del abismo; y justo ahí, en el borde de ese abismo, ¿qué puedes hacer? Si usas esto para vivir hasta el fondo, es decir, para vivir intensamente lo real, para no quedarte en el umbral, en ese momento, ¿qué aparece como más real que todo lo real que eres tú y toda tu depresión? Que hay Otro que te hace ahora. Y cuando tú llegas ahí –con depresión o no, con las cosas en orden o no–, se pone en cuestión la libertad: ¿te dejas abrazar por Aquel que te está haciendo ahora o no? ¿Necesitas salir de la depresión para dejarte amar por el Misterio? ¿Necesitas ordenarlo todo antes de dejarte invadir por la presencia de Uno que ama apasionadamente tu vida? ¿Necesitas curarte antes o este es el origen, el inicio, de la curación? No te define tu situación sino este amor loco que Alguien tiene por ti. Solo entonces empiezas a entender que, precisamente porque estás mal, necesitas el silencio. Estar fatal ya no es una excusa para no hacer silencio. Cuando estás muy mal, ¿cómo puedes vivir

²³ Cfr. Jer 31,3.

sin silencio? ¿Cómo puedes amarte a ti mismo? ¿Cómo puedes soportarte? Ahí, cuando tocamos fondo, cuando nos limitamos a comer con los cerdos como el hijo pródigo, no podemos dejar de sentir, como él, el escalofrío de un deseo: ¡en la casa de mi padre se vivía de Dios! Este juicio empieza a hacernos entrar en la más negra oscuridad de nosotros mismos: hay Otro en el fondo de mí mismo. Entonces empezamos a ver la victoria de Cristo, porque le hacemos espacio, si dejamos entrar a Aquel que cambia nuestra relación con nosotros mismos. Como decíamos en la Escuela de comunidad, del acontecimiento que nos ha sucedido nace un tipo de conocimiento nuevo. Si el acontecimiento que nos ha sucedido no llega a hacernos usar la razón hasta el fondo sino que permanece como algo extrínseco, decorativo, significa que la fe está en peligro. Como decía Giussani, la gente cree sin creer, es como si todo lo que nos decimos no tocara nada de lo que nos está pasando, la realidad. En un momento dado, diremos: «¿Pero entonces para qué sirve creer? ¿No será un autoconvencimiento? ¿No nos lo estaremos imaginando? ¿No será una emoción?». Por eso todas las mañanas nos vemos desafiados a lo grande, tú y yo, porque yo también, aunque no esté en tu misma situación, estoy llamado a reconocerlo –igual que te estoy invitando a que lo hagas tú también– yendo hasta el fondo de mí mismo. Yo también, igual que tú, cuando lo reconozco en la más honda oscuridad, cuando «adviento que tú estás, como un eco [...] renazco»²⁴. Renacer es algo que sucede ahí, en el fondo de la depresión. Pero no es algo mecánico ni sucede de una vez por todas, debe suceder un instante tras otro, instante tras instante, de otro modo no te soportarías, ni me soportarías. Gracias. Y buen trabajo.

Tú escribes: «Nuestra humanidad es precisamente nuestro criterio de juicio»²⁵. Mi pregunta se debe a que me ha impactado tanto el punto de la ternura hacia la propia humanidad que deseo mirarla así siempre, incluso cuando me da miedo. La otra noche, cuando leí en tu libro el capítulo sobre la presencia carnal, una carne que lleva consigo algo que responde a toda nuestra exigencia de sentido y de afecto, me puse a llorar, sintiendo un gran deseo de esto y al mismo tiempo una gran falta. No dormí en toda la noche. La mañana siguiente –era santa María Magdalena– el sacerdote retomó en misa ese momento: «Por la noche, buscaba al amor de mi alma; lo buscaba y no lo encontraba [...] buscaré al amor de mi alma»²⁶. Me conmoví al sentirme descrita. Salió todo mi deseo de un amor así y al mismo tiempo el temor porque muchas veces no lo encuentro. Luego me digo –y enseguida me mido– que estoy en este camino, aunque a veces me doy cuenta de que solo intuyo de lejos lo que es la virginidad y que debería vivir este amor más a menudo; más que vivirlo como una presencia carnal, lo vivo como una falta. Me llama la atención y me conmueve que sea tan carnal echarle de menos. Pero esto me suscita a veces un montón de dudas sobre mi camino, sobre lo que me corresponde. Entonces pienso si no será otra cosa lo que me falta: un marido, una casa, un trabajo diferente, menos complicado; me asaltan mil dudas y vuelvo a pensar en lo que ha pasado estos meses. En los tres meses que he pasado sola en casa, físicamente estaba casi siempre sola, he experimentado esta Presencia en ciertos momentos incluso física, cosa que no me había pasado casi nunca. Tal vez por eso ahora siento más su falta. ¿Tú cómo vives esta carnalidad? Me da miedo mirar esta parte de mí, pero es demasiado importante, deseo demasiado encontrar, reencontrar este amor.

Carrón. Empecemos entonces por el final: «He experimentado esta Presencia en ciertos momentos incluso física». ¿Qué has aprendido en esos momentos?

Estos meses me han impactado mucho porque me daba mucho miedo estar sola, al principio fue un poco duro y sobre todo...

Carrón. Pero mientras percibías esto, también eras consciente de que no estabas sola, estabas llena de esa Presencia incluso física. ¡No volvamos atrás! Repite lo que has dicho, porque no os dais cuenta de cosas increíbles que decís.

²⁴ A. Mascagni, «Il mio volto», en *Cancionero*, Comunión y Liberación 2004, p. 356.

²⁵ J. Carrón, *Un brillo en los ojos. ¿Qué nos arranca de la nada?*, Asociación Cultural Huellas 2020, p. 39.

²⁶ Cant 3,1-2.

Casi nunca me había pasado. Tal vez por eso ahora siento más su falta.

Carrón. Antes sentías la falta porque no estaba. Ahora sientes la falta porque está presente, más aún, esa falta es aún más fuerte precisamente porque está presente. ¿Qué te dice esto?

Es más fuerte la falta porque lo he experimentado.

Carrón. ¿Entonces de dónde vienen tus dudas? De no reconocer esto.

Muchas veces me cuesta reconocer que lo que me falta es Él. Te pongo un ejemplo. Durante el confinamiento, casi siempre me despertaba pensando en una persona de la que estuve enamorada, me faltaba el hecho de no poder verla y me decía que no debería echarle de menos. Michele me dijo: «Pero tú no puedes pedir otra circunstancia, pide dentro de lo que te está sucediendo». Entonces empecé a no rechazar el hecho de echar de menos a esta persona, pero le pedía a Dios que me acompañara en esto; y he experimentado que Él me ha acompañado, porque no estaba desesperada, por eso puedo decir que lo he experimentado...

Carrón. Pero en ese momento, cuando echabas de menos a esa persona, ¿tenías dudas de que existiera?

No, no tenía dudas, pero...

Carrón. Perfecto. ¿Y cuál era la demostración más evidente de que no tenías ninguna duda de esa presencia? ¿Qué confirmaba que existía esa presencia, que no era fruto de tus emociones?

Que la echaba de menos.

Carrón. La echabas de menos. Entonces, ¿qué tienes que aprender de esto? Tú has experimentado la falta de Cristo, pero luego has experimentado la presencia física de Cristo por primera vez, y Le echabas aún más de menos. Porque cuanto más importante para tu vida se muestra una persona a la que conoces, más nostalgia sientes. Este es el inicio de la virginidad. Si no miramos este dato, entonces prevalecerán las dudas, porque no entendemos que la modalidad con la que Él se hace presente despierta todo tu deseo de Él, toda tu nostalgia de Él, exactamente igual que cuando estás enamorada de una persona. La nostalgia no indica, no es signo de que no existe. Es el signo más evidente de que existe.

¿Pero es normal que uno sienta esta falta en el 99% de los casos y sean tan pocos los momentos en que siente una plenitud? Quiero decir, o con el tiempo crece esta plenitud... pero no me basta decir que esta plenitud crecerá con el tiempo.

Carrón. La cuestión es que empieces a experimentarlo.

Echas de menos a una persona, ¡pero es mejor cuando la ves!

Carrón. Debe suceder lo que me contaba la hermana de un niño que decía a su madre: «Mamá, te echo de menos cuando no estás». Pero luego añadía —¡un niño de ocho años!—: «El problema es que también te echo de menos cuando estás». Porque si esa presencia no despierta en ti un mayor deseo de ella, al final puedes prescindir de ella. Cristo responde a tu nostalgia y al mismo tiempo despierta toda tu sed de Él. Si no entendemos esto, en el fondo pensaremos que Cristo viene a satisfacer nuestra sed, lo que para vosotros significa eliminar esa sed, volverse como de piedra, así ya no sentimos esa falta y dejamos de desear. Pero si ahora estuvieras enamorada de una persona, ¿te gustaría no sentir nostalgia de ella? ¿Querías eso? ¡Pregúntatelo! Cuando no entendéis esto acabáis imaginando que lo ideal sería no sentir nostalgia de Él, pensando que si sentís esa nostalgia significa que no está, que no existe la respuesta. Por consiguiente, llenamos esa falta con otras imágenes, una tras otra, eliminándolas luego una tras otra porque ninguna responde. Si Cristo fuera algo que construimos nosotros, sería uno más en el panteón de nuestras imaginaciones.

Entonces la cuestión es que esa falta es carnal.

Carrón. Esa falta es carnal, como tú dices. Pero si no custodias lo que empiezas a experimentar, no podrás darte cuenta. La falta es carnal. Cuanto más necesitado está tu yo, cuanto más necesitada está tu humanidad, más percibes esa ausencia. Pero al mismo tiempo, cuanto más presente se hace Cristo, como le pasó a María Magdalena, menos podrás dormir por la noche porque te falta. Hasta el punto de que el día de la Resurrección no consigue quedarse acostada, tiene que ir a buscarlo. Si tú no tienes este deseo cuando te levantas por la mañana, el deseo de ir a buscarlo, de hacer silencio para estar con Él, ¿qué valor tiene levantarse por la mañana? Sería como ir a buscar migajas que te

dejarían aún más vacía. Solo puedes levantarte de otra manera si te das cuenta de que Cristo despierta todo tu deseo como nadie más lo hace. ¿Pero por qué lo despierta con tanta fuerza? Porque es el único que responde. Es el único capaz de responder a todo tu deseo, y por tanto es el único que lo despierta cada vez más en ti. Y no para eliminarlo sino para satisfacerlo cada vez más. El día que no sientas nostalgia de Él, dejará de importarte nada de Cristo, ya no te importará nada de nadie si no sientes su falta. Por ello, que tú sientas cada vez más la urgencia de esta nostalgia es el signo más evidente, como decías antes, de su Presencia. Ahora decide si esto responde a tu deseo, o en caso contrario busca otra respuesta. ¡Prueba! Tú decides.

Recientemente he tenido la oportunidad de pasar unos días en una comunidad que acoge a personas que están haciendo un camino para salir de varios tipos de dependencia. Me invitó un amigo que la ha fundado, por un camino de verificación que estoy haciendo. Han sido tres días muy intensos, que me han dado la oportunidad de tener encuentros y diálogos que me han provocado un gran dolor por su sufrimiento, historias dramáticas, abandonos, arrestos de larga duración –en algunos casos media vida– y familias deshechas. Lo que más he visto son personas, algunas jóvenes, que dejan pasar la vida llenando su tiempo libre con tabaco, juegos de cartas y torneos de fútbol. Lo más bonito que me llevo a casa son las conversaciones personales que he tenido. En algunos de ellos he podido ver que no todo es dejar pasar la vida. Por ejemplo, pienso en un chaval que se iluminó al enterarse de que yo sabía tocar la guitarra y me contó que él quería aprender a tocar la batería y que le gustaría estudiar para ser mecánico. Hay otro que es un decorador estupendo y me ha enseñado a hacer un plato de terracota. A otro de poco más de veinte años se le iluminaron los ojos cuando le dije que a lo mejor podía averiguar cómo está su hermano en la cárcel, que es su mayor punto de afecto. Pero lo que me provocaba más dolor era cómo acababan esas conversaciones, con el sabor amargo del “pero”. «Claro que tengo un deseo en mi corazón, pero...». «Podría contarte lo que quiero hacer cuando salga de aquí, pero...». Todo acababa con un “pero”. Parecía que no valía la pena que existiera ese deseo, porque para ellos la realidad es un gran “pero”, no es una aliada, así que hay que conformarse con lo que tenemos. Te cuento esto porque me ha impactado mucho ver que el motor está ahí, pero luego se ahoga. A mí también me pasa, por eso lo entiendo perfectamente. Y cuando sale un poco de vivacidad, mejor volver a guardarla dentro, como pasó cuando les propuse una película en el cinefórum y luego un chico se acercó para decirme que le había gustado muchísimo y que le gustaría volver a verla, pero no había querido decirlo delante de los demás para no mostrarse demasiado entusiasmado. Me parece que la nada y el aburrimiento que he visto en este tiempo son como una carrera de obstáculos y me ha suscitado algunas preguntas. ¿Por qué el motor de nuestra humanidad funciona pero se ahoga tanto? ¿Por qué el deseo ha perdido su dignidad? ¿Y quién soy yo delante de todo esto? Porque ante ellos me surge este dolor y no quiero perderme al que tengo delante.

Carrón. ¿Qué te dice todo esto? En primer lugar, que el motor existe, y por tanto también existe el deseo, la nostalgia, nuestro deseo de vivir mejor hasta en una depresión. No hay nada que pueda eliminarlo. Podemos encontrarnos en la mejor situación o en la peor, ese motor permanece intacto. El “pero” –que bloquea el motor– es una decisión de la libertad, y ahí se juega todo. Si yo no sigo hasta el fondo ese deseo de plenitud porque no sé cómo podrá cumplirse, si lo bloqueo con un “pero”, se acabó la aventura.

¿Qué tiene que suceder para que no prevalezca el “pero”? Esta es la pregunta que debemos hacernos. Si no hacemos en nuestra vida un camino para adquirir poco a poco, con el tiempo, confianza en Aquel que despierta nuestro deseo, es inevitable que al final prevalezcan nuestros “peros”. ¿Y qué hace el Misterio? Desafía todos nuestros “peros”, reabriendo continuamente una posibilidad, para que podamos entender, como decíamos ayer, que hay más cosas en el cielo y en la tierra que en nuestra filosofía. Hay más posibilidades de las que podamos imaginar. Desafiándonos continuamente, el Misterio nos hace razonables, realmente abiertos a la totalidad. Nos hace, decía en una Escuela de comunidad, reales.

A este nivel se libra la lucha contra el nihilismo. Todo depende del hecho de que esos chicos se encuentren delante de personas donde ese nihilismo es vencido. Como todos los que veían a Uno, Jesús, que barría todos sus “peros” con una manera única de estar ante ellos, y no porque siempre respondiera automáticamente a todas las necesidades. A veces respondía, otras veces no, de hecho no curó a todos los enfermos que encontró. Y si aquellos a los que curaba no crecían en la confianza de no estar solos como perros y de que había otra posibilidad que superaba constantemente su medida, al final prevalecían sus “peros”.

Nosotros estamos llamados, hemos sido llamados, elegidos, como vocación, precisamente para ver vencer a Cristo delante de todos nuestros “peros”. Por eso Él no nos ahorra nada: ni la depresión, ni la enfermedad, ni la nostalgia; no nos ahorra nada porque la relación con Él tiene que ser tan humana que podamos testimoniar ante todos una humanidad, una manera de estar en la realidad que desafíe, con su sola presencia, todos los “peros”. Hoy el cristianismo puede interesar a la gente no porque hable de la doctrina cristiana –que todos creen conocer y que ya no interesa–, ni porque siga el juego de las interpretaciones, sino porque pone delante de todos una presencia real, carnal, que desafía cualquier “pero”, cualquier depresión, cualquier circunstancia. Entonces podemos ser realmente compañeros de camino para cualquiera. Es la urgencia más grande que existe actualmente. Gente que haga teorías hay de sobra, internet está lleno, pero si no hay alguien que desafíe nuestros “peros” viviendo, al final prevalecerá el “pero”, en nosotros y en los demás. Esta es la vocación a la que hemos sido llamados, Cristo nos la da a nosotros para todos. Para que podamos testimoniar a todos su victoria sobre la nada.

Berchi. Retomando lo que decías ayer sobre la humanidad, hay una pregunta interesante sobre la reacción de la propia humanidad, sobre cómo esta no es un obstáculo ni tampoco un gran “pero”.

¿Qué es esta humanidad a la que debemos aspirar? Yo siempre digo: «Esta es mi humanidad», suelo decir: «Estoy hecha así», según las circunstancias, bonitas o dramáticas, pensando en la palabra «humanidad» como la definición que describe los aspectos de mi carácter y temperamento. Me pasa algo bueno y se desvela en mí una humanidad disponible y acogedora; me pasa un hecho dramático y mi humanidad me aplasta, me siento aplastada. Me refiero a una circunstancia de estos días. El año pasado tuve un grave accidente de tráfico, sin que otros vehículos se vieran implicados, pero mi madre iba conmigo. Los tiempos de recuperación han sido diversos: para mí veinte días, para mi madre ciento uno. Un año después, recibo el aviso de un procedimiento penal por causar lesiones a mi madre, a pesar de no haber querrela ni denuncia. Lo establece la nueva ley de homicidio en carretera. Ha sido un golpe añadido al accidente. Mi madre vive conmigo, tiene noventa años y la he cuidado siempre, de hecho ese día estaba respondiendo a una de sus necesidades. El Señor nos quiere aún aquí, en la tierra, pero una ley escrita por hombres, que sigue su curso, me causa sufrimiento porque la vivo como una injusticia que me aplasta. ¿Mi humanidad también es esta reacción?

Carrón. ¿Tú qué dices?

Yo digo que sí.

Carrón. ¿Esa es tu humanidad?

Yo siempre digo: «Estoy hecha así, esta es mi humanidad». Pero percibo que...

Carrón. ¿Pero tú solo eres eso? ¿Tú eres solo esa reacción?

No, no soy solo esa reacción.

Carrón. Perfecto. Esa reacción forma parte de tu humanidad pero no representa tu humanidad total. Por desgracia, reducimos nuestra humanidad a lo que tú dices: si la circunstancia es favorable, estás disponible; pero si es desagradable, te dejas aplastar. La cuestión es si –frente al código penal– ha sucedido algo en la relación con tu madre.

He vivido una relación preciosa, como siempre.

Carrón. ¿Ves? Ni siquiera la ley de homicidio en carretera –una circunstancia que en otro momento te habría aplastado– ha podido con vuestra relación. Esta es la cuestión. Y es precioso que

pongas el ejemplo de una relación que, ni siquiera cuando se ve tan herida, tan golpeada, puede romperse. Es el don de una relación a prueba de cualquier imprevisto, una relación tan fuerte, intensa, consistente, que ni la bomba de relojería de una denuncia puede hacer estallar. «Además del daño, el escarnio», habrías podido decir, «¡he tenido que cuidar a mi madre y encima me ponen una denuncia penal!». Pero la duda no ha asomado en vuestra relación. ¿Te gustaría que pudiera ser así en cualquier circunstancia? Aunque este hecho os ha sacudido a ambas, la reacción de tu carácter no ha afectado en lo más mínimo al vínculo entre vosotras. Imagina ahora si tuviéramos una relación con Cristo así de intensa, de tal consistencia que ninguna circunstancia, ni la peor, la pudiera herir, interrumpir. Es una relación de confianza que se crea con el tiempo, por una certeza que crece con el tiempo, como ha crecido en la relación con tu madre. Es idéntico. Se trata de un camino que con el tiempo hace crecer una certeza a prueba de cualquier imprevisto. Como le pasó a Jesús. Ni siquiera el sufrimiento o la cruz pudieron separarle de su relación constitutiva con el Padre.

Berchi. Había una persona que quería intervenir desde Brasil, pero para abreviar leo directamente la traducción de su contribución. Luego, si quieres hablar con ella, nuestra amiga nos sigue en directo.

«He encontrado muchos pretextos para no retomar la Introducción de los Ejercicios. He preferido releer lo que escribiste para la peregrinación y me ha ayudado mucho. Me agarraba a la frase: “Es un sacrificio que el Misterio ha permitido como paso de un camino hacia el propio destino en esta peregrinación que es la vida del hombre”. He querido cerrar los ojos con este pasaje, diciéndome: “Todo va bien y, cuando vuelva a abrir de nuevo los ojos, todo estará en su sitio. Podré ir a ver a mis padres a los que no veo desde hace casi un año, la carga de trabajo será menor y ya no tendré constantemente noticias de padres de amigos que mueren a causa de este virus”. Hoy, después de hablar con un amigo de la San José que tiene el Covid-19 y que ayer perdió a su padre sin poder ir a su entierro ni acompañar a su madre, le decía que debía dar testimonio: había perdido a su padre y tenía todas las razones del mundo para derrumbarse, en cambio casi me consolaba, diciendo que ha vivido todo esto con la certeza de que Cristo no le abandona y que es su sostén. Le decía que puede ser una gracia vivir así, porque yo, solo de imaginar que puedo perder a mis padres, me caigo a pedazos, como cada vez que recibo noticias como esta sobre otras personas. Mis padres viven a dos mil millas de distancia y, debido a la pandemia, no han podido venir en abril, como estaba previsto, y no sé cuándo podré verlos. Lo que me ha dado este amigo que ha perdido a su padre y mi impulso a hablar por él en la asamblea de la San José me obligan a apostar por esta propuesta, y lo he hecho, es decir, he retomado el texto de la Escuela de comunidad, que solo había leído en parte. Carrón, honestamente, esta Introducción me ha disgustado mucho. Quería mandarte a pastar –como decimos aquí– porque me parecía injusto que, en vez de tranquilizarnos, siguieras poniéndonos ejemplos de amigos que contaban su experiencia sobre la nada. Me habría gustado preguntarte: “¿De verdad quieres que nos hundamos? ¿No es suficiente con que vivamos así? ¿Por qué nos sigues hablando de gente, incluso dentro de CL, que vive este malestar?”. Me daba mucha rabia. ¿Por qué no nos dices sencillamente: “Este es un momento que el Señor nos da como parte de nuestro camino”, y ya está? Me gustaría arreglar mi corazón y dejarlo tranquilo, esperando a que llegue el final de todo esto. Pensaba: “Parece que quien nos guía está dispuesto a hacer de nuestra vida un desastre”. Releer esta Introducción entera de una vez ha sido un golpe aún más duro. Por suerte, no he abandonado la lectura y he ido hasta el fondo, hasta escuchar el grito del ciego Bartimeo. Entonces he entendido que mi trabajo ahora debe ser gritar. Responder ante mí misma y ante el Señor es lo que deseo. Gritar no me quita el malestar, pero me doy cuenta de que frente a esta realidad no hay otra cosa que hacer».

Carrón. Pero hay algo más que hacer. Mirar ese malestar tuyo. Muchas veces tendemos a gritar porque no lo queremos mirar. Buscamos una justificación realizando un gesto devoto, pío, y así tenemos una coartada para no mirarlo. Pero yo no quiero vivir así, mirando siempre a otra parte,

como si no existiera lo que le pasa a la gente. Lo que quiero decir a todos –como esta insistencia en mirar lo que nadie quiere mirar– es que se puede mirar, que gracias a lo que nos ha pasado podemos mirarlo todo, literalmente todo. Pero no nos damos cuenta: «La mirada que percibe el desierto no pertenece al desierto»²⁷. No hay una descripción del mundo antiguo más dramática y pesimista – como diríamos nosotros– que la que hace san Pablo en la carta a los Romanos, una descripción que siempre me ha llamado la atención. Los expertos se preguntan: «¿Pero por qué san Pablo, con todas las cosas buenas que tendría que decir, pierde tiempo en mirar la situación?». Porque san Pablo, que no era sociólogo, mira cómo miraba Jesús a los enfermos, cómo miraba Jesús todas las necesidades de los hombres. Llevando a Cristo en sus ojos, san Pablo podía mirarlo todo, literalmente todo. Y si nosotros también podemos mirarlo todo, eso significa que Cristo ya ha vencido. Es inútil que me habléis de Cristo, que penséis que defendéis a Cristo con palabras, si luego Cristo solo es el rey del cementerio, allí donde no pasa nada de nada. Una fe de este tipo no me interesa para nada. Quedáosla vosotros si la queréis adornar luego con alguna oración devota. A mí me interesa mirarlo todo. Este es el gran desafío que nos ha lanzado don Giussani: la religiosidad es «vivir intensamente lo real»; no es huir de lo real para refugiarse en el mundo del pietismo, sino ir hasta el fondo de lo real para ver cómo ahí, en el fondo de lo real, existe una Presencia capaz de derrotar a la nada, y que gracias a ella la nada no vence en nosotros.

Si no recorremos este camino, nuestra vocación será inútil para el mundo, un mundo donde todos intentan huir de la realidad. Unos huyen viajando –como decía ayer Gaber– y otros llenan su vida de teorías, otros hasta se encierran en su burbuja, como contaba una amiga de Kazajistán que había ido a visitar a otra amiga que, por miedo a contagiarse, se encerró en casa, dejó de trabajar y tomaba pastillas para dormir. ¡Es la derrota de lo humano! Por el contrario, san Pablo podía mirarlo todo, hasta la dramática situación de su tiempo, precisamente porque llevaba a Cristo en los ojos. Este es el conocimiento nuevo –del que hemos hablado en la Escuela de comunidad–, que no nace de un análisis sino del acontecimiento de Cristo, que permite mirarlo todo de manera nueva. Siempre pongo el ejemplo del niño que, acompañado de su madre, puede entrar en cualquier oscuridad. Igualmente, nosotros podemos mirar cualquier situación acompañados de Cristo si Cristo es una compañía presente. ¿Y cómo sabemos si Cristo es esta compañía y no una palabra vacía? Por nuestra capacidad para mirar lo real, cuando no huimos de la realidad. Vosotros decidís qué hacer. Una fe que no se percibe en toda su conveniencia humana, una fe que no se reconoce como pertinente para las exigencias de la vida –como dice Giussani– no durará mucho. Por eso, lo que hoy está en juego no es la impresión que tenemos de las cosas, lo que está en juego es la fe en Jesucristo. «Cuando venga el Hijo del hombre, ¿encontrará esta fe en la tierra?»²⁸.

Ya lo has explicado en parte, pero quería pedirte ir más a fondo en el tema de la ternura, porque ayer describías exactamente lo que me ha pasado estos meses, es decir, el paso del torpor en el confinamiento a algo que sucede en la realidad y me despierta. En el trabajo, durante un momento de evaluación de las actuaciones empresariales, dos jóvenes que dependen de mí me dijeron que no les había ayudado en ciertos momentos y por ello no habían alcanzado los objetivos que se les habían pedido, también por mi culpa. Son jóvenes y es bastante habitual que nunca sea culpa suya, pero me sentí muy abatida porque era evidente que la relación de confianza que había intentado entablar con ellos no había madurado, y luego me di cuenta de que en ciertas cosas tenían razón. ¿Qué sucedió? Que la estima por mí misma desapareció al instante, y con ella todo lo que construye mi vida, y por tanto la vocación, la preferencia de Cristo hacia mí, mis amigos que no podían hacer nada ante mí «no valgo porque he fracasado». Esta era la definición de mí misma esos días: mi valor coincidía con lo que sabía o no hacer. En los días siguientes, lo único que me consoló fue una conversación con mi jefe en la que renovó su estima por mi trabajo y también me ayudó a mirar mis errores. Pero eso ya no me bastaba, porque desde aquel momento comenzó para

²⁷ L. Giussani, *Ciò che abbiamo di più caro* (1988-1989), Bur, Milán 2011, p. 432.

²⁸ Lc 18,8.

mí un trabajo sobre la ternura de la que hablas en el segundo capítulo de Un brillo en los ojos. Me decía: «¿Y si las cosas en el trabajo siguieran sin salir bien? Cambiaré de trabajo, aprenderé, ¿pero este es el único problema, es decir, yo coincido con lo que sé hacer? No es posible, me rechina completamente». En ese capítulo citas a Juan Pablo II: «La ternura es el arte de “sentir” al ser humano en su totalidad»²⁹. ¿Cómo se aprende esto? Y, sobre todo, ¿cómo se convierte en certeza que resiste ante la decepción con uno mismo? Gracias.

Carrón. Solo se convierte en certeza haciendo el camino que has descrito. Cuando fracasas en cualquier cosa, reaccionas juzgándote así: «No valgo porque he fracasado», porque la definición de ti misma solo va unida a lo que puedes hacer, a tus logros. Afrontando la circunstancia, aflora ante tu conciencia lo que piensas de ti. Pero a veces, como en este caso, uno tiene la suerte de encontrarse con un jefe que se da cuenta de tu malestar y te ofrece un consuelo. Pero los consuelos baratos no bastan, ni siquiera el del jefe. ¿Entonces a dónde llegas? A algo de lo que no sé si eras consciente antes: tú no coincides con lo que haces. ¿Entiendes? Ahora tienes una mirada sobre ti misma que antes ni soñabas. ¿Pero por qué Cristo no te ahorra todo este camino? Porque quiere liberarte de una vez por todas del hecho de identificarte con tus logros. No será porque en la vida del movimiento no hayas oído nunca que el valor del yo no coincide con tus logros, pero una cosa es percibirlo como una doctrina abstracta y otra muy distinta es hacer experiencia de ello, de modo que esta definición entre en tus entrañas, llegando a ser tu autoconciencia. Por eso —dice Giussani—, si se nos ahorra esta fatiga, esa ternura no entra en nuestra autoconciencia, en la vibración de nuestra razón. En cambio, cuando se experimenta esta ternura con uno mismo, ya no tienes que censurar nada para seguir adelante, porque adquieres la capacidad de mirarte toda entera, como dice Juan Pablo II. Esta certeza nace lentamente. Y quien no recorre el camino que tú has empezado a desentrañar, puede olvidarse de esta certeza, porque nadie le podrá ahorrar el camino. Esta es la aventura de la vida, la fascinación de vivir, incluso cuando las cosas no van bien, cuando uno fracasa. Y cuando uno se da cuenta de que no está a la altura y recibe alabanzas del jefe, no basta, no es suficiente, es demasiado pequeño para la capacidad del alma, para toda la necesidad de ternura que nos apremia. Si me entusiasma Giussani es justo por esto, porque me ha introducido en esta experiencia de la vida que tú ya empiezas a intuir. Si te interesa la aventura, descubrirás la realidad cada vez más. En cambio, si te da un miedo atroz y te retiras a los refugios de invierno, a tu burbuja, para estar a gusto sin que ningún desafío te abrume, decide tú si te interesa participar en la aventura o sofocarla. Para mí no hay comparación. Podemos perder la vida viviendo —como dice Eliot— o podemos ganarla viviendo. ¿Cuál es la diferencia? No es que a ti te pasen unas cosas y a otros, otras. A todos les pasan cosas como las que nos contamos, pero muchos, no teniendo la libertad y el coraje de afrontarlas, se refugian en algo ideado por ellos para ocultar su derrota, con razones que son como un epitafio sobre su tumba, en vez de afrontarlas con toda la audacia que requieren. Cristo ha venido a introducir, a generar en el mundo una criatura nueva, que no se bloquea ante los desafíos de la humanidad. Pero solo si dejas entrar a Jesús en tus entrañas, puedes llegar a esa certeza que necesitas para vivir. Ahora, después de afrontar esta situación, tienes un plus de humanidad que no tendrías si te la hubieran ahorrado. Si no hubiera mirado muchas cosas de mi vida, si se me hubiera ahorrado esto, lo otro, lo de más allá, no sería lo que soy ahora. Por eso siempre he mirado con entusiasmo lo que el Misterio no me ha ahorrado. No es que no tuviera otra cosa que hacer, es que el Misterio tiene pasión por mi destino y por el tuyo, como una madre que quiere que su hijo crezca y por eso no le ahorra todos los esfuerzos de la vida, pero le acompaña para que pueda vivir las situaciones futuras que tendrá que afrontar, en las que a priori no podrá decidir su madre. Así lo hace cada vez más consistente para afrontar los desafíos. Hay dos formas de compañía: una que te quiere ahorrar tu relación con la realidad y otra que te acompaña hacia la victoria. Decidid qué compañía queréis. Siempre habrá alguien dispuesto a consolaros, pero eso no sirve para vivir; aunque os pueda resultar útil, no basta. En esta decisión, en este drama, se decide la vida.

²⁹ K. Wojtyła, *Amor y responsabilidad*, Palabra, Madrid 2015, p. 251.

Berchi. Leo la última contribución recibida.

«Hola a todos. Desde hace casi doce años estoy enferma de ELA, pero no estoy triste por esta circunstancia que Jesús ha elegido para mí porque ha sido una ocasión para descubrir mi fe. Pero estoy inquieta. Pienso tantas cosas que a veces le digo a Jesús: “Ocúpate un poco de mis pensamientos”. Pienso en mi casa, qué pasará después de mi muerte, pienso en mis queridos libros que he acumulado cuidadosamente durante tantos años, pienso en mis hijos y en los que no tienen trabajo, pienso en mis nietos que no tiene fe, etcétera. ¿Por qué estoy tan inquieta? ¿Por qué no me fío del Señor? Gracias por todo».

Carrón. Estás inquieta porque vives con la conciencia de que todo es ocasión, todo ha sido ocasión, hasta esta circunstancia que el Misterio ha permitido, la enfermedad. Esta no ha estado en tu contra –como vemos cuando vamos a verte– sino que te ha hecho crecer. ¿Qué te dice esto sobre tu pregunta, sobre la inquietud que tienes respecto a tus hijos y nietos? El problema no es que puedas ahorrarles la circunstancia que el Misterio ha pensado para ellos, igual que no te la ha ahorrado a ti, sino que tú reconozcas en tu experiencia las razones que tienes para fiarte, y que si ellos se fían como ven que haces tú, esta será tu contribución como madre y abuela. ¿Qué estás testimoniando? ¿Qué les estás ofreciendo? ¿Qué clave estás ofreciendo a todos durante estos doce años con la manera en que vives tu enfermedad? Esta: solo si confían en Aquel en quien tú confías, cualquier circunstancia, hasta la ELA, puede convertirse en un lugar de vida. Si tú lo has visto suceder en ti, ¿por qué te agitas pensando en tus hijos y nietos? Ya pensará Él cómo mostrarles su respuesta. A nosotros solo nos toca tener esta curiosidad –«¿cómo se las apañará Cristo con ellos?, ¿cómo responderá a tu inquietud por tus seres queridos?»–, después de ver cómo se las ha apañado contigo. Termino leyendo un texto que me ha acompañado mucho en este tiempo y que habla precisamente de esto, porque ni siquiera a Cristo se le ahorró la prueba. Es de un gran teólogo, Von Balthasar. A Cristo no se le ahorró nada, de hecho, justo en el momento en que fue desafiado por el sufrimiento y la muerte, incluso aquella circunstancia fue la ocasión en que pudo mostrar delante de todos, como vemos también en ti, la densidad de su relación con el Padre, que le llevó a fiarse más allá de toda medida.

Escribe Von Balthasar: «Esta confianza primordial [que tiene Jesús] en el Padre, no perturbada ni ofuscada por ninguna desconfianza, se funda en la comunión del Espíritu Santo con el Padre y el Hijo: en el Hijo el Espíritu recibe y conserva viva la confianza inquebrantable en que toda disposición del Padre –incluso si esta fuera la transformación de la distancia personal en abandono [como sucede al final]– siempre será una disposición del amor [del Padre], a la que ahora, ya que el Hijo es hombre, se ha de responder con obediencia humana»³⁰. Aquí está la raíz de la victoria de Cristo sobre la nada. Su manera de vivir como Hijo es precisamente la victoria sobre la nada que tú estás testimoniando a tus hijos, a tus nietos y a todos nosotros. Para eso hemos sido «llamados» en este momento dramático de la historia, pero sobre esto volveremos esta tarde.

Gracias.

³⁰ H.U. von Balthasar, *Si no os hacéis como este niño*, Fundación San Juan, Rafaela 2006, p. 44.

Apuntes de la lección de Julián Carrón
en los Ejercicios espirituales de la Fraternidad de San José por videoconexión
Sábado por la tarde, 8 de agosto de 2020

A la entrada: *Ludwig van Beethoven, Sinfonía n. 5 - Spirto Gentil CD 11 **

- *La notte che ho visto le stelle*

¿Cuál fue la última vez que nos pasó algo por lo que no pudiéramos dormir?

Porque se trata de esto. De un acontecimiento que sucede, inesperado, que abarca toda nuestra humanidad. Si no es así, somos como minas flotantes, como todos los demás, incapaces de arrancarnos de la nada. Este es el desafío que tenemos por delante. No es cuestión, como decía nuestra amiga brasileña, de hablar de la nada, sino de verificar cuándo hemos sido conquistados de tal manera que nuestra vida ha dado un vuelco, tan rebosantemente plena que nos deja sin palabras, hasta no poder dormir. Aquí estamos hablando de una experiencia, de algo existencial, no de disquisiciones abstractas o discusiones sin fin, que ocultan el hecho de no haber sido conquistados, que esconden nuestro «retroceso», como dice Gaber.

En mi intervención de esta tarde intentaré trazar un itinerario para responder a la pregunta: ¿qué nos arranca de la nada? Como una ayuda a la lectura del texto completo, que sin duda no podemos hacer esta tarde, de *Un brillo en los ojos*³¹.

Tengamos presente lo que dijimos anoche, que se ha documentado en la asamblea de esta mañana. Podemos pertenecer a la Fraternidad de San José, podemos formar parte de la vida de la Iglesia, pero eso no nos impide experimentar que muchas veces nuestra vida, como la de todos, está a merced de una vorágine que en el fondo nos impide ser nosotros mismos.

La cuestión es la que planteaba Jesús: ¿qué ventaja tiene un hombre que gana el mundo entero pero se pierde o arruina a sí mismo?³²

Porque podemos tenerlo todo, podemos alcanzar nuestros objetivos laborales y afectivos, realizar nuestros proyectos, pero es como si nada fuera capaz de atraernos. Por eso nuestra humanidad, en la que tanto he insistido –como hemos visto esta mañana– es como un dique crítico inevitable para reconocer cuándo hemos interceptado la respuesta que estábamos buscando. Muchas veces percibimos la urgencia de esa plenitud que el corazón no puede dejar de desear, pero nuestros intentos son insuficientes, hasta el punto de que no consiguen aferrarnos. Lo vemos perfectamente. No bastan las palabras cristianas, no bastan los ritos formales para conquistarnos, para atraernos. Esa no es la naturaleza del cristianismo. Por eso, porque nada logra atraernos, el Misterio ha llenado –como dice Benedicto XVI– los conceptos de carne y sangre³³.

«*Caro cardo salutis*»³⁴. Solo algo carnal, histórico, puede conquistarnos hasta el punto de evitar que el nihilismo triunfe en nosotros, sea cual sea la forma en que lo podamos describir. Si no os gusta esta palabra, buscad otra, pero el problema es que podemos pasarnos los días dando bandazos de acá para allá, sin que nada nos atrape. Entonces la vida se vuelve un aburrimiento cada vez más insoportable. Y cuando la vida nos desafía con sus urgencias, vemos hasta qué punto es incapaz de aferrarnos.

* «El inicio es la irrupción de un acontecimiento. Todo el drama de la orquesta se desarrolla a partir del acontecimiento de estas cuatro notas iniciales que se repiten continuamente. En ellas se expresa ese deseo que atraviesa en la vida la percepción de la confusión, la derrota o la tristeza y que se muestra, a veces, en su aspecto más duro de prueba o tentación» (L. Giussani, «Como rayo de sol entre la niebla oscura», en *Spirto gentil...*, op. cit., p. 105).

³¹ J. Carrón, *Un brillo en los ojos. ¿Qué nos arranca de la nada?*, Asociación Cultural Huellas, 2020.

³² Cfr. Mt 16,26.

³³ Cfr. Benedicto XVI, Carta encíclica *Deus caritas est*, 12.

³⁴ Tertuliano, *De carnis resurrectione*, 8,3: PL 2,806. Cfr. J. Carrón, *Un brillo en los ojos*, op. cit., p. 47ss.

La cuestión es que solo partiendo de la experiencia podemos identificar qué vence a la nada. El problema es sorprender algo tan correspondiente que, como hemos cantado, ya no podamos dormir. No podemos evitar que nuestra vida se vea aferrada por esta Presencia que nos conquista desde las entrañas, suscitando todo nuestro deseo, precisamente porque, en el mismo momento en que nos hace experimentar una correspondencia inimaginable, hace emerger todo el alcance de nuestro deseo. Solo toparse con una presencia excepcional puede colmar lo que Milosz llama el «abismo de la vida»³⁵.

Todos los días nos topamos con muchas presencias carnales, pero no cualquier carne, no cualquier presencia carnal lleva consigo algo tan correspondiente con nuestra espera, y por tanto capaz de imantar todo nuestro ser.

Entonces, ¿qué puede vencer realmente el nihilismo? Solo vernos imantados por una presencia, por una carne que lleva consigo algo que corresponde con toda nuestra espera, con todo nuestro deseo, con toda nuestra exigencia de afecto y ternura. Si no sucede esta experiencia, no saldremos de nuestra nada. Aunque estemos culturalmente preparados para discursos religiosos y realicemos todo tipo de tareas, acabamos hablando de Cristo de un modo vacío. Es el motivo por el que Benedicto XVI dice que solo «en la encarnación [del Verbo] el Logos eterno se ha ligado de tal modo a Jesús que [...] [por medio de la humanidad de Jesús] por medio del hombre Jesús», Dios nos toca³⁶. Por eso la encarnación de Cristo, Dios hecho hombre, marca un hito en la historia del hombre y nadie podrá arrancarlo ya de ahí. Esta es la gran contribución que nos ha dejado don Giussani: nos ha hecho entender que un cristianismo reducido a discurso o a reglas no interesa a nadie. Es en una carne –dice don Giussani– donde podemos reconocer la presencia del Verbo hecho carne. Si el Verbo se ha hecho carne, es en una carne donde lo encontramos. Y quien intercepta esto se da cuenta de que está delante del hecho más decisivo de su vida. Hay un antes y un después. Lo vemos cuando sucede. Como documenta un pasaje del Evangelio que leímos hace poco: esa mujer llena de límites, que buscó el cumplimiento de su vida de tantas maneras, sobrecogida por una ternura infinita, por una presencia humana, Jesús, no pudo evitar verse totalmente atraída hacia Él. Releamos ese fragmento:

«Un fariseo le rogaba que fuera a comer con él y, entrando en casa del fariseo, se recostó a la mesa. En esto, una mujer que había en la ciudad, una pecadora, al enterarse de que estaba comiendo en casa del fariseo, vino trayendo un frasco de alabastro lleno de perfume y, colocándose detrás junto a sus pies, llorando, se puso a regarle los pies con las lágrimas, se los enjugaba con los cabellos de su cabeza, los cubría de besos y se los ungía con el perfume. Al ver esto, el fariseo que lo había invitado se dijo: “Si este fuera profeta, sabría quién y qué clase de mujer es la que lo está tocando, pues es una pecadora”. Jesús respondió y le dijo: “Simón, tengo algo que decirte”. Él contestó: “Dímelo, Maestro”. “Un prestamista tenía dos deudores: uno le debía quinientos denarios y el otro cincuenta. Como no tenían con qué pagar, los perdonó a los dos. ¿Cuál de ellos le mostrará más amor?”. Respondió Simón y dijo: “Supongo que aquel a quien le perdonó más”. Y él le dijo: “Has juzgado rectamente”. Y, volviéndose a la mujer, dijo a Simón: “¿Ves a esta mujer? He entrado en tu casa y no me has dado agua para los pies; ella, en cambio, me ha regado los pies con sus lágrimas y me los enjugado con sus cabellos. Tú no me diste el beso de paz; ella, en cambio, desde que entré, no ha dejado de besarme los pies. Tú no me ungiste la cabeza con ungüento; ella, en cambio, me ha ungido los pies con perfume. Por eso te digo: sus muchos pecados han quedado perdonados, porque ha amado mucho, pero al que poco se le perdona, ama poco”»³⁷.

¿Quién no desearía ser alcanzado por una mirada llena de ternura como esa mujer, envuelta por la mirada de Jesús? Fuera lo que fuera lo que hubiera hecho y la vida que hubiera llevado, nada fue obstáculo para ella. Por eso, ninguna de las circunstancias que hemos descrito esta mañana puede convertirse en obstáculo para nosotros después de leer esta página del Evangelio.

³⁵ O.V. Milosz, *Miguel Mañara*, Encuentro, Madrid 2009, p. 26.

³⁶ J. Ratzinger, «Cristo, la fe y el reto de las culturas», en *Communio* 18 (marzo-abril 1996), pp. 152-170.

³⁷ Lc 7,36-47.

¿Qué necesitó esta mujer para ser «aferrada» por la mirada de Cristo?

Solo su humanidad, por herida y maltrecha que estuviera –en el fondo, como la de todos–. Cuando conoció a aquel Hombre, su humanidad, con todos los errores cometidos, se vio totalmente imantada, hasta el punto de que no hubo forma de pararla: aquella mujer atravesó la hostilidad y la desaprobación de todos los que estaban en la mesa y fue a enjugar los pies de Jesús con sus lágrimas.

¿Veis cómo se puede vencer a la nada? Dando bandazos de aquí para allá como todos, en un momento dado un imprevisto, absolutamente esperado y al mismo tiempo imprevisible, la aferró de tal modo que tuvo la osadía de ser ella misma delante de todos, mostrando hasta qué punto había sido conquistada, sin importarle nada lo que pensarán los demás. Así mostró ante todos qué puede vencer a la nada, qué puede vencer una vida de bandazos de acá para allá. La presencia de Jesús ejerció tal atractivo sobre su humanidad, herida y llena de límites, que ya nada la podía parar.

Desde que Jesús entró en la historia, los que se cruzan con Él no pueden evitar sentir desafiada su disponibilidad para dejarse tocar y atraer por Él. Hablábamos de límites. Aquí los límites no tienen nada que ver, ni las historias pasadas, porque Cristo, ahora, es capaz de conquistarnos tal como estemos.

Por eso, qué impresión escuchar a Giussani cuando afirma que ningún ser humano se ha sentido afirmado de manera más radical que el que ha sido objeto de la mirada que introdujo en la historia este hombre, Jesús de Nazaret, más allá de cualquier logro o fracaso³⁸. Con su mirada vertiginosamente afirmativa de lo humano, Jesús dice a la mujer que le baña los pies en lágrimas: «Han quedado perdonados tus pecados», ya no importan. Lo que prevalece es esa mirada. Todo el mal, todos los errores pasan a segundo plano. Él es la presencia predominante para esa mujer. Es tan abrumador que los comensales empiezan a decir: «¿Quién es este, que hasta perdona pecados?». Pero Él le dice a esa mujer –como si no le interesara lo más mínimo la incredulidad de todos los que le rodean ni todo el rechazo de aquellos que no le reconocen– y a los que se dejan atraer como ella: «Tu fe te ha salvado, vete en paz»³⁹. Primero se ve totalmente conquistada, arrancada de su nada, de sus bandazos, y luego llega la afirmación de Jesús, que describe la experiencia que ella ya está viviendo, participando de esa salvación.

Lo que arranca de la nada a la pecadora del Evangelio no son, por tanto, sus pensamientos, sus propósitos o esfuerzos. Es una Presencia que tiene tal pasión, tal preferencia por su persona, por su yo, que ella se ve conquistada. Todo el curso de su vida da un vuelco, queda revolucionado por ese encuentro. Ya no le importaba la mirada de los demás porque estaba totalmente definida por Jesús, por su mirada, por esa presencia de carne y hueso. Nadie más en su vida la había mirado nunca como aquel hombre. De lo contrario no se habría atrevido a entrar en esa casa con una libertad capaz de desafiar a todos. No habría lavado sus pies con sus lágrimas, no los habría enjugado con sus cabellos. ¡Esto es lo que documenta –no las palabras, ni los discursos– la existencia de un yo arrancado de la nada! Esto es lo que puede llegar, y llegará siempre, a cualquier hombre que se encuentre a merced de la nada y que no espera más que ser liberado. Solo hay Uno que le pueda liberar, como le pasó a aquella mujer.

¿Qué certeza habrá experimentado esa mujer para desafiar la manera en que la miraban los fariseos y la ciudad entera! Sin esa certeza, acabamos a merced de los comentarios, nuestros y de los demás. En cambio, todos nuestros comentarios y los de los demás son nada delante de “esa” mirada. No tienen poder alguno delante de “ese” atractivo. No puede eliminarlos pero queda inhibida su capacidad para bloquear nuestro pensamiento.

Podemos decir con Von Balthasar que se trata de «una certidumbre que no se apoya en la propia evidencia de la razón humana, sino en la evidencia de la verdad divina revelada: no en un haber-

³⁸ «¡Ningún hombre puede sentirse afirmado mejor, con la dignidad de quien tiene un valor absoluto que está por encima de cualquier logro suyo! ¡Nadie en el mundo ha podido jamás hablar así!» (L. Giussani-S. Alberto-J. Prades, *Crear huellas en la historia del mundo*, Encuentro, Madrid 2019, p. 14).

³⁹ Lc 7,48-50.

aprehendido, sino en un haber-sido-aprehendido»⁴⁰. No es que ella aferrara a ese hombre, sino que ella es la que ha sido totalmente aferrada por Él.

No me sorprende que este gran teólogo, Von Balthasar, dijera hace tantos años que esta es la cuestión vital del cristianismo actual. Si no es esto, si no es la experiencia de ser aferrados como esta mujer, el cristianismo no interesará a nadie. Empezando por nosotros, ¡imaginaos los demás! Podremos mantener ciertos ritos, celebrar ciertos actos “religiosos”, reunirnos para llenar la vida de gestos como miembros de un club, pero nada de eso será suficiente para aferrarnos. Por eso, Von Balthasar dice que hoy la fe solo puede ser creíble para el mundo que nos rodea –y para nosotros– «si se entiende a sí misma como creíble; o sea, si la fe no se reduce en primera y última instancia a “obtener por verdaderos ciertos enunciados” que se dicen incomprensibles para la razón humana y no hay más remedio que aceptar por pura obediencia a la autoridad cuando, en rigor, la fe conduce al hombre [...] a la comprensión de lo que Dios es realmente y, a través de ella, a su autocomprensión»⁴¹.

Mediante la carne de esa Presencia, la mujer del Evangelio experimenta la verdad divina. La certeza y la fe de esa mujer se apoyaban «en la evidencia de la verdad divina revelada», en ese atractivo vencedor, en la mirada incomparable de Jesús, por la que se sintió afirmada y aferrada, y en la experiencia de una correspondencia con sus exigencias constitutivas como nunca antes había probado. Esta evidencia es tan potente, es tan resplandeciente esta «revelación de la gloria», es tan poderoso el esplendor de la verdad que «no necesita de ninguna justificación exterior a sí misma»⁴². Desde el comienzo de su compromiso educativo, Giussani comparte esta insistencia de Balthasar, consciente de lo decisiva que resulta esta evidencia para la credibilidad actual de la fe. «Me había persuadido profundamente de que una fe que no pudiera percibirse y encontrarse en la experiencia presente, que no pudiera verse confirmada por ella [por la experiencia de una correspondencia], que no pudiera ser útil para responder a sus exigencias, no podía ser una fe en condiciones de resistir en un mundo donde todo, *todo*, decía y dice lo opuesto a ella»⁴³.

Se entiende así por qué Giussani, entusiasmado por la experiencia que vivía, no pudo evitar decir en la plaza de San Pedro, delante de toda la Iglesia: «Solamente Cristo se toma toda mi humanidad en serio. [...] “¿Quién podrá hablarnos del amor singular que tiene Cristo al hombre, desbordante de paz?”. ¡Me repito estas palabras desde hace más de cincuenta años!»⁴⁴. ¡Qué experiencia debía haber tenido!

Solo si nuestra humanidad se ve aferrada y abrazada así, podremos llegar a ser realmente nosotros mismos. Por tanto, no depende de un esfuerzo nuestro, sino sencillamente de dejarnos conquistar por entero. «Cristo me atrae por entero, tal es su hermosura»⁴⁵.

¿Pero cómo podemos vivir nosotros la experiencia de la mujer pecadora? Solo si Él, Cristo, sigue siendo contemporáneo. Solo la contemporaneidad de Cristo puede arrancarnos de la nada. Solo su Presencia, aquí y ahora, puede ser una respuesta adecuada al nihilismo, a la falta de sentido, a nuestros bandazos de acá para allá. «Jesucristo», sigue diciendo Giussani, «aquel hombre de hace dos mil años, se oculta –o se presenta– bajo el aspecto de una humanidad diferente»⁴⁶.

Esto significa que Jesús se hace presente hoy, carnalmente presente, no en nuestros pensamientos, no en nuestra imaginación sino en hombres que, al toparnos con ellos, nos muestran una diferencia, una mirada, una capacidad de estar en la realidad, una libertad, una audacia, un conocimiento que nos sacude. Es lo que muchos testimonian, como podéis leer en el libro. Leo solo un testimonio, del que nace precisamente el título.

⁴⁰ H.U. von Balthasar, *Gloria. Una estética teológica. Vol. 1. La percepción de la forma*, Encuentro, Madrid 1985, p. 126.

⁴¹ *Ibidem*, p. 130-131.

⁴² *Ibidem*, p. 131.

⁴³ L. Giussani, *Educación es un riesgo*, Encuentro, Madrid 2006, p. 19.

⁴⁴ L. Giussani-S. Alberto-J. Prades, *Crear huellas en la historia del mundo*, op. cit., p. 14.

⁴⁵ Jacopone da Todi, «Lauda XC», en *Le Laude*, op. cit., p. 313.

⁴⁶ L. Giussani, «Algo que se da antes», en *Huellas-Litterae communionis*, 10/2008, p. 1.

«No creía que en el umbral de los cincuenta años se pudiese renacer. He vivido cuarenta y siete años convencido de que Jesucristo no era “algo” indispensable para mí. He perseguido durante todos estos años objetivos que no resistían el embate del tiempo: la universidad, mi profesión, la familia. [Todo puede ir bien, pero] Cada vez que alcanzaba lo que me había propuesto me sentía insatisfecho, y una y otra vez buscaba nuevos objetivos. A pesar de que para la mayoría mi vida parecía bonita, yo tenía la sensación de que me alimentaba de algo que no me saciaba. Todo eso generó en mí una crisis profunda. [Porque si todo va bien y no basta, ¿qué basta entonces?] Me sentía inútil; incluso las relaciones con los amigos, los compañeros o mis seres queridos empezaban a ser difíciles. Quería estar solo. [Pero sucede algo imprevisto] Un día, en el ámbito del colegio de mis hijos, conocí a una persona que tenía un brillo en los ojos». Fue el brillo en los ojos de alguien –no una doctrina, ni un esfuerzo– que estaba viviendo la misma experiencia que aquella mujer. «Nació entre nosotros una fuerte amistad que me llevaba a desear su compañía. Fuimos juntos de vacaciones con nuestras respectivas familias, y mi curiosidad con respecto a él crecía. Empecé a frecuentar a sus amigos, que también se hicieron amigos míos. Empecé a participar en gestos propuestos por el movimiento. Volví a rezar, a ir a misa, a confesarme. A veces me preguntaba a mí mismo: “¿Por qué lo haces?”, y me respondía: “Porque estoy mejor”»⁴⁷.

No hay otra razón para mirarme a mí mismo de una forma distinta, para abrazar mi humanidad, para mirar con la ternura con que yo he sido mirado. «¡Estoy mejor!». Entonces vivo de esta Presencia, y todos los amigos que me acompañan me reclaman a Cristo. Este es el método con que se comunicaba y siempre podrá comunicarse la fe: un encuentro imprevisto que suscita nuestro deseo y nos mueve a verificar la promesa que lleva consigo, participando en la vida de la comunidad cristiana.

Para interceptar la verdad basta, como en este caso, una atención sincera. Pero esta atención es todo menos algo obvio. Simone Weil explica por qué: «Hay algo en nuestra alma que rechaza la verdadera atención mucho más violentamente de lo que la carne rechaza el cansancio. [...] La atención consiste en suspender el pensamiento, en dejarlo disponible, vacío y penetrable al objeto»⁴⁸, de tal modo que pueda atraerlo por entero.

Si secundamos lo que nuestra atención intercepta, poco a poco tendremos cada vez más certeza, hasta el punto de fiarnos por completo. ¿Por qué Pedro podía fiarse de Jesús? Solo porque la convivencia con Él le convenció de que si no se podía fiar de aquel hombre que hacía posible aquella experiencia de humanidad tan distinta, ¿de quién podría fiarse? La fe consiste precisamente en este reconocimiento. «Tener la sinceridad de reconocer, la sencillez de aceptar y el afecto para apegarse a semejante Presencia: eso es la fe»⁴⁹.

Como decía Giussani en la plaza de San Pedro, es fácil, está al alcance de la mano de cualquiera, sea cual sea su historia, su vida. «Era una sencillez de corazón lo que me hacía sentir y reconocer como algo excepcional a Cristo, con esa certeza inmediata que produce la evidencia indiscutible e indestructible de ciertos factores y momentos de la realidad, que, cuando entran en el horizonte de nuestra persona, nos golpean hasta el fondo de nuestro corazón»⁵⁰. Esto es lo que imanta nuestra vida.

¿Pero cómo podemos vernos introducidos en esta manera de estar en lo real?

Jesús vivió en la tierra igual que cada uno de nosotros. Como verdadero hombre tuvo que medirse con cuestiones concretas, finitas, fugaces, sufrió pruebas y sufrimientos, hasta la muerte en cruz. ¿Pero qué le permitió no sucumbir a la parcialidad y no acabar en el nihilismo en el que todo se desvanece y nada nos aferra? ¿Cómo es posible que Cristo, viviendo una experiencia humana como la nuestra, no se viera arrastrado por el nihilismo, teniendo que medirse con nuestros asuntos habituales?

⁴⁷ J. Carrón, *Un brillo en los ojos*, op. cit., pp. 65-66.

⁴⁸ S. Weil, *A la espera de Dios*, Trotta, Madrid 1993, p. 70.

⁴⁹ L. Giussani-S. Alberto-J. Prades, *Crear huellas en la historia del mundo*, op. cit., p. 42.

⁵⁰ *Ibidem*, p. 14.

Él vivía la relación con cada aspecto de la realidad como un gran acontecimiento que le hacía afrontarlo todo intensamente, como un enamorado. En la experiencia de un gran amor todo lo que sucede se convierte en acontecimiento –nos decía siempre don Giussani citando a Guardini–, cualquier cosa adquiere un alcance que en la normalidad de la vida es casi nada, pero que en la historia de un gran amor se convierte en acontecimiento.

¿Y qué hace que todo se convierta en acontecimiento? En el caso de una persona enamorada, es la relación con la persona amada. ¿Qué relación era tan constitutiva para Jesús como para definir su relación con la realidad como un acontecimiento permanente, en una exaltación constante de la realidad entera? ¿Qué le permitía vivir lo real con esa intensidad? Su relación con el Padre. Jesús no ponía su esperanza en una afirmación de sí mismo, en un proyecto suyo, en un intento suyo, sino que lo vivía todo como un gran acontecimiento en virtud de su relación con el Padre. Así, Jesús introdujo en la historia una forma de vivir lo real que no acaba en el nihilismo.

De ahí la gran pregunta: ¿cómo puede volverse familiar, históricamente, para cada uno de nosotros, esta mirada entusiasmada hacia el mundo y hacia uno mismo, a la realidad, hasta el punto de no caer en el aburrimiento? Solo si aprendemos y experimentamos esta mirada que tiene Jesús hacia lo real.

Giussani nos dice: «Si el hombre no mira el mundo [cada aspecto de la realidad, por efímero que sea] como “dato”, como acontecimiento, es decir, a partir del gesto contemporáneo de Dios que se lo da, el mundo pierde toda su fuerza de atracción»⁵¹.

Ahora comprendemos por qué si no vivimos la realidad así, es decir, como el acontecimiento de Alguien que me la está dando ahora, como sucede en la historia de un gran amor, todo se vuelve aburrido, pierde su fuerza de atracción.

¿Qué es lo que hacía que todo fuera diferente para Jesús? Su relación con el Padre. Pensar en el Padre no estaba separado de su manera de vivir la relación con las cosas concretas. Igual que pensar en la persona amada no va separado de vivir la relación con ella. La persona amada es la que hace interesante, fascinante, todo lo demás. Dice Giussani: «Pensar en el Padre de un modo verdadero es pensar en las cosas con verdad; es un modo distinto de mirar a tu mujer y a tus hijos, a ti mismo, a tu trabajo y a los amigos, a la circunstancia próspera y a la adversa»⁵². Como decía nuestro amigo enfermo: pararse, pensar y mirar de otra manera. Cuando esto sucede, no podemos evitar mirarlo todo de manera distinta. Andrés vuelve a casa después de su encuentro con Jesús y su mujer se da cuenta de que le ha pasado algo por el modo en que la abraza.

Esto es lo que vuelve todo fascinante, pero si con el tiempo esto decae, todo se vuelve aburrido. Por eso el problema es la manera en que podemos aprender a ser hijos como Jesús.

¿Cómo podemos convertirnos en hijos en el Hijo? Jesús introduce a los discípulos en la conciencia de su relación con el Padre. «A cuantos lo recibieron», dice san Juan, «les dio poder de ser hijos de Dios»⁵³.

¿Y a nosotros, hoy, quién nos introduce en esta experiencia? Siempre es Cristo quien nos introduce en la relación con el Padre. ¿Pero cómo?

Cristo, como hemos dicho, irrumpe hoy en nuestra vida atrayéndonos hacia Sí, mediante una presencia, una presencia concreta, un encuentro persuasivo, por medio del cual puedo vivir la misma experiencia de relación con Él que los primeros que le conocieron. Por tanto, es en el Hijo, en la relación con Cristo presente aquí y ahora en una humanidad distinta, donde nos convertimos en hijos, donde aprendemos a decir: «Padre» y a relacionarnos con lo real como Jesús, con su Presencia en nuestros ojos.

El Hijo nos hace familiar el Misterio del Padre mediante la Iglesia y se convierte en acontecimiento para nosotros a través de la gracia y el encuentro con un carisma, con un don del Espíritu. El

⁵¹ *Ibidem*, p. 31.

⁵² L. Giussani, *La conveniencia humana de la fe*, Encuentro, Madrid 2019, p. 111-112.

⁵³ Jn 1,12.

carisma es la modalidad con la que el Espíritu de Cristo nos hace percibir su Presencia excepcional y nos da el poder de adherirnos con sencillez amorosa.

Alguien concreto nos vincula a la realidad y para nosotros tiene nombre y apellido: Luigi Giussani. Mediante el don que Dios nos hace, somos alcanzados por una mirada, por una paternidad que nos aferra de tal manera que nos permite vivir una experiencia de fe única en nuestra relación con la realidad.

Como hemos recordado este año, esto es lo que llamamos «autoridad». «La autoridad es una persona mirando a la cual lo que dice Cristo corresponde al corazón. Esto es lo que guía al pueblo»⁵⁴.

Es siendo hijos como podremos, como todos los hijos, seguir los pasos del padre. Y si los secundamos, nosotros también podremos sorprendernos viviendo la realidad con el mismo entusiasmo con que le hemos visto vivir a él, con esa libertad única, con esa capacidad de aferrar nuestra vida. La autoridad es una paternidad presente. Tener un padre es una disposición permanente, pero la generación es algo presente. Por ello, si no vuelve a suceder ahora, se convierte en un recuerdo del pasado, incapaz de atraernos, de aferrarnos para podernos hacer vivir una experiencia totalmente nueva de la realidad.

Si no se da esta generación en el presente, no podrá llegar a ser una conciencia viva en nosotros la relación con el Padre y ningún esfuerzo nuestro tendrá el poder de arrancarnos de la nada. Por eso, la autoridad es factor esencial de la construcción de nuestra vida.

La autoridad, entendida de manera mundana, es decir como poder, es un despotismo alienante, no construye. En cambio, la autoridad auténtica es un factor indispensable para el crecimiento del yo, porque la autoridad, en cierto modo, es mi yo más verdadero.

Pero hoy nos encontramos en un momento cultural en que la autoridad se percibe como un obstáculo para el crecimiento del yo, no como un factor de su incremento. Debido a esa extrañeza, promovida y vivida –observa Giussani–, «la cultura actual sostiene que es imposible conocerse y cambiarse a sí mismo y a la realidad “solo” siguiendo a una persona. La persona, en nuestra época, no es contemplada como instrumento de conocimiento y de cambio. [...] Sin embargo, Juan y Andrés, los dos primeros que se encontraron con Jesús, aprendieron a conocer de un modo distinto y a cambiar ellos mismos y la realidad precisamente por el seguimiento de aquella persona excepcional. Desde el instante de aquel primer encuentro el método ha empezado a desplegarse en el tiempo»⁵⁵.

Todo el problema del vivir consiste en interceptar en nuestro camino a personas que nos hagan crecer así, que resulten decisivas para nuestra manera de estar en la realidad. Porque solo esto, igual que entonces, podrá arrancarnos de la nada. La experiencia de una novedad presente, hoy, de una carnalidad donde uno pueda ver que lo que dice Cristo es verdad, me atrae por entero, permitiéndome empezar a vivir lo real sin sucumbir a la nada. Esto es lo que puede convencer, en esta cultura nihilista, al hombre de hoy, a la humanidad de la que formamos parte: encontrar a personas tan presentes que nos aferren. Porque, como dice Von Balthasar, «para el mundo solo es creíble el amor»⁵⁶.

(© 2020 Fraternità di Comunione e Liberazione)

⁵⁴ De una conversación de Luigi Giussani con un grupo de *Memores Domini* (Milán, 29 de septiembre de 1991), en «¿Quién es este?», suppl. a *Huellas-Litteare communionis*, n. 9/2019, p. 10.

⁵⁵ L. Giussani, «De la fe nace el método», en *Huellas-Litteare communionis*, n. 1/2009.

⁵⁶ H.U. von Balthasar, *Solo el amor es digno de fe*, Sígueme, Salamanca 2006, p. 126.